



# Visión indígena **mam** sobre la migración **laboral** en la Sierra-Soconusco

Joaquín Peña Piña\*

Al hablar de la región Soconusco, con frecuencia se hace referencia a su destacada producción de café, a la magnitud de sus fincas y a su importancia dentro de la economía regional y nacional, sin embargo, poco se habla de las comunidades indígenas de la Sierra, en especial aquellas ubicadas en los alrededores del volcán Tacaná, en términos de lo que representan cultural y económicamente.

Dichas comunidades han estado históricamente olvidadas y marginadas, por lo que hasta la década de 1990 cualquier visitante podría haber repasado parte de su historia sin siquiera haber vivido en el pasado. Como si el tiempo no hubiera transcurrido, el historiador Fernando Benítez resume así la situación de los indígenas en este lugar: "... el Soconusco es una de las regiones más fértiles de Chiapas y ahí, por añadidura, los indios han sido tratados como esclavos [...] el Soconusco

era el mismo de ahora: el reino de la abundancia y el reino de la infamia. El estilo de esclavitud impuesto en Chiapas no es de ayer, es una realidad de nuestros días".



\* Joaquín Peña es estudiante de doctorado de ECOSUR (jpena@scl.ecosur.mx).



Las comunidades indígenas de la Sierra fueron, quizás, las primeras en participar en el proceso de globalización económica a través de la venta de su fuerza de trabajo para la producción de café destinado a los mercados internacionales, desde mediados del siglo XIX. La producción cafetalera se mantiene en la actualidad, pero ahora se agrega, con nuevos bríos, la venta de fuerza de trabajo indígena hacia mercados externos.



Debemos recordar que la migración laboral a las fincas siempre ha estado presente en la vida de los indígenas, cuya población, preponderadamente mam, recuerda con tristeza las duras jornadas en los cafetales, la exigua comida fría, las sucias galeras para dormir y el desprecio continuo a su condición indígena. A esta situación se agregaba la falta de servicios públicos (camino, luz, clínica, escuelas), así como un mínimo de producción agrícola para cubrir el consumo familiar, lo que hacía las condiciones de sobrevivencia extremadamente difíciles.

En este sentido, el estancamiento de las condiciones laborales en la finca y el surgimiento de nuevos mecanismos de globalización económica durante las últimas

décadas, fueron favoreciendo un cambio en la dinámica migratoria desde 1990 hacia los campos de cultivo en el norte del país y las agro-empresas transnacionales de los Estados Unidos.

Dicha situación está marcando el paso de dos diferentes fases del mismo proceso de desarrollo capitalista en la región. La primera, caracterizada por una destacada industrialización del Soconusco que permitió la capitalización y la producción de otros productos comerciales (mango, caña, algodón, ganado); y la segunda, vinculada a los mercados internacionales a través de los nuevos mecanismos de libre comercio, donde la fuerza de trabajo migratoria constituye uno de los indicadores más destacados.

La histórica migración a las fincas permitía a las familias compartir las actividades productivas necesarias para su reproducción. Cuando las comunidades de la Sierra no contaban con carretera ni otros servicios públicos, la visión era de abandono y desprecio por parte de las autoridades municipales: “Aquí estaba completamente abandonado por los gobiernos, no había carretera, no había energía, no había clínica ¡nada!” (PL, casado, 38 años).

Asimismo, lo agreste de la Sierra requería de largas y pesadas caminatas para conseguir leña, trabajar la parcela o dirigirse hacia las fincas: “Ahora ya no podemos caminar unas dos o tres horas pues decimos ¡Ay, qué lejos está ese lugar!, y la gente de antes, ¿cómo es que soportaba ir caminando todo un día?” (MG, soltera, 17 años). De igual forma, las condiciones en las comunidades de origen no eran nada fáciles. La falta de insumos agrícolas demandaba un alto uso de la fuerza de trabajo familiar y una producción insuficiente para cubrir el consumo de todos: “Mis padres habían sufrido mucho porque no había fertilizante, con puro abono así orgánico, después ya salió el fertilizante y con la gracia de Dios, la mayoría de la gente ya no van a pizar café” (AL, casada, 28 años).

La migración, el desprecio, hambre y sufrimiento, parecen ser aspectos destacados en la visión indígena sobre el trabajo en las fincas cafetaleras. En la actualidad,



el recuerdo de la finca forzosamente cruza con alguno de estos aspectos, y uno de los atenuantes ha sido la apropiación del proceso de producción de café, sin ser esta la única estrategia de sobrevivencia: “Desde que tenemos café, gracias a Dios ya no vamos a la finca” (SM, casado, 60 años); aunque ahora se observa una mejoría en las condiciones de vida dentro de las comunidades: “Ahorita ya todo es fácil, pues hay carro, luz, escuela, ya hay de todo” (CV, casada, 48 años).

En los últimos años, los nuevos destinos migratorios han transformado las relaciones familiares y productivas, por lo que sólo algunos miembros de la familia están migrando, sobre todo varones. Desde luego, estos destinos han generado nuevas expectativas entre la población, y no necesariamente de tipo económico: “Le dije a mi papá que ya me iba a trabajar, y porque no conozco ninguna parte tengo que salir, trabajar para ayudarles en lo que pueda” (GV, soltera, 19 años). Por otro lado, las escuelas propiciaron el ingreso de la población infantil a la educación y la permanencia de la mayoría de las mujeres en la comunidad, por lo que muy pocas de ellas han logrado salir y darse cuenta de la vida en otros lugares y su forma de trabajar: “Creo que allá Estados Unidos es rico, se come más bien que aquí. Allá uno prospera algo, se gana en dólares y el trabajo no es pesado. Allá uno trabaja y como que trabaja...” (AB, casada, 27 años).

Las remesas y la capitalización económica generaron la apertura de comercios, cambios en las viviendas, compra de camionetas, tierras o cafetales. La visión de la migración internacional ha estado ligada a la obtención de beneficios de alto impacto económico, pero también tiene su expresión en la obtención de prestigio. En este sentido, se ha criticado que muchos migrantes que regresan ya no mantienen el respeto (autoridad ritual), trasgrediendo las normas comunitarias: “Al llegar aquí ya se sienten muy afamados, no quieren saludar y ya no respetan” (JP, casado, 45 años). También se aprecian otros cambios de personalidad: “Ya no comen como comemos,

**El estancamiento de las condiciones laborales en la finca y el surgimiento de nuevos mecanismos de globalización económica durante las últimas décadas, fueron favoreciendo un cambio en la dinámica migratoria desde 1990 hacia los campos de cultivo en el norte del país y las agro-empresas transnacionales de los Estados Unidos.**

ya pueden de todo pues, de vestirse, de hablar” (CV, casada, 48 años). En fin, la migración extra-regional está generando grandes transformaciones económicas y sociales entre la población indígena de las comunidades de la Sierra.

A manera de conclusión, podemos decir que se ha ido conformando una visión indígena de la migración laboral bajo la influencia de múltiples factores. Uno de ellos es el peso de mecanismos económicos nacionales e internacionales que están demandando mano de obra indígena. Otro factor es la transformación o ruptura de las normas sociales al interior de las comunidades indígenas bajo el influjo de lo económico, lo que a su vez tensiona a las instituciones sociales, como la familia, la escuela y el sistema de cargos, y esto ha dado lugar a un nuevo conjunto de relaciones sociales de clase, género y etnia que se van cuestionando y redefiniendo en el tiempo, elementos que deben tomarse en cuenta para el estudio de los movimientos migratorios en el nuevo milenio. ☺

